

trados delante del rey Apolonio con la competente ceremonia que eran obligados, y su estado merecía, los de Antioquia relataron su embajada, diciendo, «cómo por justicia divina el rey Antioco era muerto súbitamente con un rayo que descendió del cielo, y á su hija la infanta Safirea la comprendió de tal suerte, que por la misericordia de Dios vivió seis días, en los cuales ordenó su alma y hizo testamento, dejando por heredero y sucesor de todo su reino á ti el príncipe Apolonio, por el amor que le mostraste tener, poniéndote en riesgo de perder la vida en declaración de la pregunta. El cual testamento teniendo por bueno y válido, los mas principales de la tierra han determinado hacerte la presente embajada, para que lo mas pronto que fuere posible, por pacificación del reino, vayas á tomar la posesion dél, si movido fueres.» Acabando los de Antioquia, los de Tiro le propusieron, «cómo por la muerte del rey de Antioquia, Taliarca por querer ser apoderar de la tierra fué espelido y lanzado della á fuerza de armas por los mas principales del reino, y con el amotinamiento de la gente que le seguía, apañando ciertos bajeles que estaban en el puerto, se fué para Tiro, y hallando el pueblo discorde por causa de tu real ausencia, se puso á defender la mayor parte, y echó de la ciudad los que menos y poco podían, y se apoderó de Tiro, haciéndose señor absoluto de tu reinado; por tanto los afligidos y desterrados pobretos de tus vasallos, sabiendo que asistías en Pentapolitania, te hacen la presente embajada, suplicándote que mires que gran negligencia tuya no recobrar tu estado, y redimir aquellos que por tuyo se nombran y tienen.»

Oidas las dos partes, el rey Apolonio los hizo alzar de tierra, y con un semblante grave y amoroso los abrazó á todos igualmente; y dándoles respuesta que todo se remediaria, los mandó aposentar en muy ricos aposentos, y de todo lo sucedido dió parte al rey su suegro, y que su voluntad era de ir á tomar posesion de Antioquia y recobrar su reino de Tiro. A esto le respondió, que le pareciese bien, y que no dejase de hacer todas las provisiones que para el tal hecho fuesen necesarias. Con esta liberal respuesta luego proveyó, que cualquiera galera ó nave ó bajele que fuese competente para guerra, se hallase dentro de un mes en el puerto de Pentapolitania.

En esta sazón, el pescador, teniendo necesidad de dineros, vino á la ciudad trayendo el tazoncillo que le dió el ladrón. Y amostrándoselo á un platero para que se lo comprase, como ya estuviesen todos sobre aviso, luego fué preso, y llevado delante el juez y confesado la verdad, fué sentenciado que le diesen quinientos azotes, y le desorejasen y fuese guardado para poner al remo. El rey Apolonio, viniendo á visitar la cárcel para librar los condenados por sus sentencias, y reconocer los que estaban elegidos para las galeras, haciéndoles que pasasen delante dél, vino á pasar el pescador; y como le conoció, preguntóle la causa de su prision: contándosela por estenso, vino á pedirle que hubiese misericordia dél, en que no fuese afrentado ni quitado las orejas: á esto respondió el rey Apolonio: «razón tienes por cierto, que pues tuviste cuidado en que yo guardase las mias, que yo guarde las tuyas.» Con tan señaladas palabras, viniéndole á conocer el pescador, se le arrodilló delante y le besó las manos, y el rey le mandó soltar, vista la presente, y le hizo que fuese su capitán y patron de la galera real. Pasados algunos meses y dias fué juntada la flota de número de noventa velas y seis mil combatientes. Con tan buen apercebimiento y aparejo mostróse muy satisfecho y contento el rey Apolonio, sino que le molestaba la importunación de la reina su mujer, que determinaba de embarcarse con él. Y como se lo hubiese desviado en diversas veces por causa de su preñez, recaudó con su padre que se lo mandase á su marido, que no tuviese pesadumbre de llevarla consigo, pues que primero y principalmente habia de ir

al reino de Antioquia para ser coronado y recibido por ellos, y que allí se podría quedar entre tanto que fuese á conquistar á Tiro. Con mandárselo su suegro, no pudiendo en ninguna manera contradecirle, hizo labrar una riquísima corona de oro, y aderezar una muy suntuosa nave para la reina su mujer, poniendo en ella todo lo necesario, así partera como ama, la cual fué la mujer del pescador, que entonces criaba, y otras cosas convenientes por si acaso el parto le hubiese de tomar en la mar.

Embarcado el rey Apolonio y la reina su mujer con los embajadores, y capitanes y gente de pelea, y despedido del rey su suegro, comenzó de braca su viaje con muy próspero tiempo. Pero al cabo de veinte dias, habiendo navegado por la mar adelante, tomole tan gran fortuna y levantóse tan recia tormenta, que toda la flota fué desparecida para poder salvarse, y la reina, de aquel sobresalto y enojo concebido, allí en la nave malparió una niña de siete meses, y tuvo el parto tan mortal que se traspasó de tal manera que, teniéndola por muerta todos los de la nave, lloraban y estaban puestos en admirable y sobrada tristeza. Sosegada ya la bravosa y pestifera fortuna, y juntada toda la armada sin haber perdido ninguna cosa, dándole noticia al rey Apolonio de la desdicha tan grande que le habia sucedido á la reina su mujer, pasó de presto á la nave, y viéndola de aquella suerte, rasgó sus vestiduras, y abrazándola, decía: «oh amada y carísima mujer mia: tan desastrada y breve habia de ser nuestra despedida! Harto os escusaba yo este tan triste y amargo viaje para mí, en el cual veo que habeis perdido la vida, perdiendo toda mi gloria y descanso.» En esto, los grandes que allí se hallaron lo aconsejaron lo mejor que pudieron, y el patron de la nave le propuso que trabajase su alteza, lo mas presto que pudiese, de echar á la reina, pues era muerta, de la nave antes que la mar hiciese algun movimiento, y se viese en algun peligro la armada. Vista su justa demanda, luego el rey proveyó que le hiciesen un ataud á la reina muy bien embetunado. Y puesta allí dentro con sus ricos vestidos que llevaba y su corona de oro en la cabeza, mandó, porque mas presto fuese vista á do quiera que aportase, que en el ataud en derecho de su rostro hiciesen una rejuela, y puso en él mil ducados en oro, con una plancha de plomo escripta, que decía: «el que hallare el presente cuerpo, por el hallazgo tomará los quinientos ducados; los otros para que sea enterrada con aquella honra y solemnidad que á una reina se le debe.»

Echado el ataud, siguiendo su ventura por las marítimas ondas, vino á aportar en la provincia de Efeso, á do, saliendo unos médicos de la ciudad para buscar ciertas yerbas junto á la marina, vieron el ataud que estaba cerca de tierra. Juntado con él y sacándole del agua, de ver por la rejuela tanta magestad, estuvieron muy maravillados. Los cuales determinaron de llevarle á un rico monesterio de monjas, que de allí muy cerca estaba. Así que, llevado, y quitada la tabla de encima, y leida la plancha, como la mirase y tentase el pulso el mas sagaz y sapientísimo de todos, conoció que no era muerta aquella mujer. Por do mandó de presto que la sacasen del ataud y la pusiesen encima de una alhombra, y que le hiciesen grandísimo fuego á los lados para que las venas se le escalentasen, y la sangre volviese en sí, y diese virtud á los espíritus vitales. Hecho esto, mandó luego que le aderezasen un lecho muy bien compuesto, y de allí á poco rato la hizo despojar de sus ricos vestidos; y desnuda, como su madre la parió, en él acostada, con ciertos ungüentos escalentados, con aceites de mucha virtud y fragancia la empezó de ungió por todo su cuerpo. Con esto, á cabo de un rato tornando en sí la reina, empezó de abrir los ojos, y reconociéndose dijo, enderezando las palabras al médico que la estaba ungiendo: «di, hombre

atrevido, ¿quién te dió á ti tanta licencia para que mi real persona tocases? Digno eres de ser gravísimamente castigado.— Antes no, respondió el médico, sino de vuestra real alteza gratificado, habiéndole restituido la vida.» En esto la priora y todas las monjas que estaban presentes la consolaron, y le dieron muchas sustancias, que aparejadas le tenían, y le manifestaron de la suerte que aquellos médicos la habían hallado á la marina, y dándole la plancha para que viese lo que en ella se contenía. Vista, mandó luego que los quinientos ducados se diesen á los médicos, y los otros fuesen para el monesterio, y que sus ricos vestidos y corona real guardasen; y que su determinacion era, si servidas eran, de quedarse y hacer vida con ellas hasta que Dios fuese servido, y su marido supiese della. Cuanto mandó, las monjas, vista la presente, lo cumplieron, agradeciéndole mucho su buena voluntad en querer quedarse en su compañía, y que la aceptaban por señora en el monesterio y patrona de aquella santa casa.

Prosiguiendo su navegacion el rey Apolonio, vino á tomar puerto dentro en breves dias en Tarcia, adonde no consintió que le hiciesen ningun recibimiento, sino que muy en secreto encargó carísimamente á Heliato su hijo con el ama que la criaba, que era la mujer del pescador, dejando copia de dineros y joyas para que fuese enseñada, así en letras como en todo género de música, llamándola Politania; y volviéndose á embarcar, por sus jornadas contadas llegó á la ciudad de Antioquia, y allí no pudo escusar que no le hiciesen, como nuevo poseedor y señor del reino, grandísimas fiestas y regocijos, y fué coronado por rey y entregada toda la recámara y tesoro del rey Antioco y de la infanta Safirea, á do se detuvo forzosamente casi doce años en hacer justicia, reconocer sus fortalezas y reglar la república, y acrescentar sus huestes y naves y galeras para ir por mar y tierra contra Tiro.

En este entretenimiento habia criado Politania, en bajos y honestos vestidos en compañía del ama, la mas honesta y agradecida hembra que se pudiese hallar en toda Tarcia, penetrando en letras y en música muy admirablemente, juntamente con Lucina, hija de Heliato y Dionisia, su mujer. Y por haberse criado juntas estas doncellas, de los demás del pueblo eran tenidas por hermanas, y por tal se tenían ellas. El ama, de ver que en tanto tiempo ningunas nuevas habian sabido del rey Apolonio, de pura imaginacion que ya fuese muerto, cayó mala; y viéndose ya para morir, llamó á Politania para dalle su bendicion y despedirse della. Y besándola por dos ó tres veces en el rostro, con abundantísimas lágrimas la dijo: «oye bien mis palabras, amada hija mia Politania, y en tu corazón las conserva: dime, ¿quién piensas que es tu padre y madre?» Respondióle: «señora, ¿quién ha de ser mi padre sino Heliato, y mi madre Dionisia, á quien hasta el día de hoy he obedecido y reverenciado?» Entonces, con un entrañable suspiro, la dijo el ama: «¡ay hija, cuán engañada vives! Has de saber que tu padre es el rey Apolonio, y tu madre Silvania, hija del rey de Pentapolitania, que por eso te pusieron ese nombre que tienes; y en tu nacimiento murió tu madre en una nave que venia; y puesta en un ataud con riquísimas joyas, fué echada en la mar, y tu padre pasó por aquí con grandísima flota á recobrar su principado de Tiro habrá sus doce años, dejándonos encomendadas á este honrado senador, llamado Heliato, á cuyo dominio habemos estado hasta el día de hoy. Todo esto te he descubierto, hija mia, para que te tengas en reputacion de cuya prosapia descendes, y estés sobre aviso, que si después de mi muerte te sobreviniere algun infortunio en desacato y deshonra de tu persona, que descieras de presto á la plaza, donde hallarás una estatua riquísima de mármol dorada, que es la

misma figura de tu padre, que los senadores desta ciudad le hicieron por cierto socorro que les hizo; y te abrazes con ella, dando voces diciendo: señores, estad que soy hija de quien es esta estatua. Los ciudadanos no puede ser menos que, conociendo el beneficio de tu padre, no te favorezcan.» Y acabadas de decir semejantes palabras, dió el alma á Dios. Y Politania infinitísimas lágrimas por sus rubicundos ojos; la cual fué enterrada con mucho honor en un rico sepulcro, y de Politania con mil ofrendas y sacrificios de cada dia visitada.

Y como fuese alabada su hermosura por su buena plática y conversacion de algunas señoras del pueblo, y Lucina vituperada, concibió Dionisia tan grande odio contra Politania, que de noche ni de dia no reposaba, sino de qué manera le podría dar la muerte. En fin, que para efectuar su mal pensamiento, tomó un esclavo que tenía llamado Estrangulo, no estando Heliato en la ciudad, y púsole una mañana en su cámara diciéndole: «mira, si tú, cuando fueras con Politania al sepulcro de su ama, al pasar de la puente le diéres tal rempujon que caiga en el rio y fenezcan allí sus dias, yo te doy mi fe y palabra de hacerte que seas franco.» Prometiéndoselo, el esclavo se fué. Lucina, como aun no se era levantada, y por bajo que se lo dijo alcanzó á entender el negocio; levantándose disimuladamente, y por el amor que le tenía á Politania, le descubrió lo sobredicho, rogándole que por la vida no descubriese quién se lo habia descubierto, y que dejase de salir de casa, si quería tener segura la vida; alcanzando ya por este aviso Politania la mala voluntad que Dionisia le tenia, y que ninguna cosa de bueno se podia ya esperar della, aprovechóse del consejo del ama. Y es, que saliendo acompañada con el esclavo, antes de llegar á la puente, habiendo de pasar por la plaza, estando derecho de la estatua de su padre, se abrazó con ella diciendo: «oh ilustres ciudadanos, sabed que soy hija de quien es la estatua presente, y soy condenada de muerte injustamente, si vosotros no me socorreis.»

Oyendo semejante novedad, acudieron á ella mucha de la gente que en la plaza habitaba, y principalmente un senador, llamado Teófilo, viendo que el esclavo buia, mandó que le prendiesen, y trayéndoselo delante le dijo: «dime, donecilla, ¿á quién representa esta estatua, para que tú tengas la osadía de decir que es la estatua de tu padre?» Respondió: al rey Apolonio, del cual sin duda soy hija, y he sabido por providencia de Dios, que por manos deste esclavo que tenéis preso habia de morir mala muerte.» En esto juntó Teófilo con ella diciendo: «deja, hija, de hoy mas de abrazarte con la estatua de tu padre, que nosotros te favorezcamos con tu justicia; ven conmigo.» Y llevada delante los senadores, y propuesta la causa y confesando el esclavo la verdad, enviaron por Heliato, el cual atestigüó que era hija del rey Apolonio, que se la dejó encomendada cuando por allí con su armada pasó, y que en cuanto al insulto del esclavo, que él ninguna cosa sabia. Y así lo confesó el esclavo, sino que Dionisia su mujer le habia inducido que matase á Politania, prometiéndole libertad. Oidas las partes, los senadores al esclavo mandaron dar cien azotes de muerte, y Dionisia, que fuese desterrada por seis años de la ciudad, y depositaron á Politania en poder de Teófilo, para que la tuviese en aquel estado que merecía.

Estando Politania en poder de Teófilo, enamoróse della un hijo suyo, dicho Serafino, y confiriendo en su pecho el amor y la majestad della, vivia con grandísima desconfianza de poder gozar de sus amores. En tanto que la osadía le dió un remedio para menoscabo de sus tiernos años, y fué: que como Teófilo tuviese, riberas de la mar, ciertas granjas y casería para poderse en ella holgar algunos dias, ordenó con su mujer (para dar algun pasatiempo y recreo á Politania) de irse con todos los de su

casa en semejante lugar. Idos, Serafino secretamente concertó con unos amigos suyos pescadores, que disfrazados con máscaras entrasen en la casería de su padre y se llevasen á Polítania. Dicho y hecho semejante caso, embarcáronse todos con ella en un batel que tenían aparejado, y navegando á remo y vela valerosísimamente para llegar á cierta isla que tenían concertada, encontraron con dos fustas de cósaros, donde les fué forzado defenderse por no ser captivos. Y de tal manera pelearon, que todos fueron muertos y echados en la mar, sino tan solamente Polítania que, de verla tan hermosa, era grandísima la competencia entre ellos por quién gozaría primero de su hermosura; y de otra parte era gran lástima de oír los ruegos que llorando Polítania les hacía, con que no violasen su persona, porque había prometido á Dios castidad. Y así determinaron, convencidos de sus lágrimas, por quitarse de contienda, de conceder á sus ruegos y de venderla por esclava; y con esta determinación hicieron su viaje á la ciudad de Efeso.

Teófilo, amargo y congojoso de ver el osado atrevimiento que habían tenido de llevarle á Polítania dentro de su casería, hizo grandísimas diligencias y pesquisas por ver quién podrían ser los tan desvergonzados y atrevidos. No faltó quien le dijo que su hijo Serafino había urdido y tramado tan estupendo caso. Airado mucho mas en extremo grado, pidiendo auxilio y favor á los otros senadores, despidió barcas y bajeles por la mar adelante, porque fuese preso y traído á Tarcia, y él con muchos de caballo empezó á seguir la costa de mar. Y siguiéndola, hallaron en la arena tendidos, que el agua los había echado, á dos pescadores heridos y muertos, y mas adelante á su hijo Serafino, y el batel sin remos ni nada, que las espedidas barcas lo habían topado en alta mar. Maravillados de lo que podía ser aquello, vinieron á considerar que habrían peleado con algunos contrarios, y los habían maltratado de aquella suerte. Y por bien que buscaron á Polítania por dos ó tres días, como no la hallasen, presumiendo que también era fallecida como los otros, con determinación y consejo del pueblo, hicieron una sepultura de mármol, abierta á los pies de la estatua del rey Apolonio, y Polítania de la misma piedra, muy naturalmente esculpida, como que salía della y se abrazaba con su padre, con este letrero que decía:

Si Polítania murió,
Su desdicha, muerte ó gloria
Viva está en nuestra memoria.

Los cósaros, tomando puerto sobre seguro en Efeso, después de muchas cosas que traían para vender, sacaron y dieron en poder de un corredor á Polítania para que fuese vendida por esclava á quien mas daría por ella. Y de ver su gentileza, codicioso Lenio, rico mesonero de la casa pública, porque le hubiese de ganar con otras mujeres, pujó de tal suerte en ella, que hubo de quedar en su poder. Librada pues Polítania por esclava de Lenio y traída á su casa, como le diese relación á qué propósito y fin la había comprado, postróse á sus pies con entrañables lágrimas llorando, que mirase por amor de Dios que era doncella y que había prometido castidad, que en tan vituperable y deshonesto lugar no fuese puesta, y que justa su conciencia mirase, y lo que podía ganar cada día en un tan sucio ejercicio tasase, que ella se obligaba de ganárselo con otras virtuosas habilidades que sabía, con que le comprase una guitarrilla y sonajas, y le mandase cortar un sayuelo y zaragüeles de diversas colores, al uso truhanesco. Contento Lenio, y convencido de sus lágrimas, le cortó sayuelo y zaragüeles, comprándole los instrumentos que pedía. Y desta suerte (como tuviese linda voz y fuese destrísima en la música) á todo el pueblo era muy acepta y agradable, y entre caballeros y gentiles hombres llamada la Truhanilla; acudiendo con

lo que tasado le tenía su amo Lenio. Pasados catorce ó quince años en que ya el rey Apolonio hubo en este tiempo alcanzado de ser rey de Antioquia, y conquistado su reino de Tiro de poder de Taliarca, castigando los rebeldes, dejó por visorey de la tierra á su camarero juntamente con su mujer, que era el bañador que arriba dijimos, y se embarcó con sus naves y galeras, enderezando su camino para Antioquia, y tomando allí puerto, fué muy bien rescibido, á do depositó por visorey al pescador, prometiéndole enviar á su mujer, que en Tarcia por ama de su hija Polítania había quedado.

Y así se despidió de Antioquia, allegando á Tarcia con su flota, á do de los senadores fué realmente hospedado, y antes que de su hija pidiese, de los mas principales de ellos cargados de luto fué una noche visitado, y de Teófilo medio llorando narrada la muerte del ama y desdichado fin de su hija Polítania, y de su hijo Serafino, de la cual nueva el rey Apolonio rescibió en extrema manera grandísimo enojo; tanto que juró sobre su corona, en todos los días de su vida no afeitarse la barba, ni quitarse el cabello, ni cortarse las uñas, ni vestir oro ni seda, ni oír cosa que de pasatiempo fuese. A los cuales suplicó que le mostrasen, para mas satisfacción suya, en qué parte estaba conservada su hija. Amostrándosela, las palabras lastimosas que decía abrazándose con el bulto de su hija Polítania, que estaba hecho de mármol junto de su estatua, eran para romper las entrañas. A do consolándole lo mejor que pudieron, se retrajo en un oscuro aposento, mandándose cortar para él y á sus criados paños de luto, y entapizar su nave toda de negro; y en breves días se embarcó para Pentapolítania, y navegando, á cabo de días, levantóse tan contrario viento, que hubieron de tomar, mas por fuerza que por grado, puerto en la playa de Efeso, y como fuese de noche, y vieses por los muros de la ciudad grandes luminarias encendidas, y sintiesen repicar campanas y otros diferentes instrumentos de músicas, viniendo á preguntar á cierto marinero de la playa la causa de tan sobrado regocijo, les respondió, que aquello se hacía cada año en celebracion y memoria del nacimiento de su príncipe Palimedo. En oílo el rey Apolonio, luego se retiró en el mas oscuro retraimiento de la nave, dando licencia á todos sus capitanes que quisiesen salir en tierra, que saliesen para haberse de holgar mucho enhorabuena, excepto sus criados; y que sin eso les mandaba, á pena de la vida, que ninguno fuese osado de entrar adonde él estaba, sin que él primero no les llamase.

En esto el marinero, espantado de ver tan grueso ejército, fuése corriendo á dar aviso á su príncipe Palimedo; el cual pensando que fuesen algunos contrarios y enemigos suyos, tocando al arma, mandó poner á punto de guerra toda su gente y enviar sus espías, las cuales supieron y dieron noticia á su príncipe, que no era sino el rey Apolonio, que la controversia de vientos le había traído en aquellas partes con toda su flota, y que no cumplía temer de ninguna cosa. Y así por la mañana desembarcaron los capitanes, y los salió á recibir el príncipe Palimedo con toda la honra que fué posible, y les rogó que fuesen aquel día sus convidados. Aceptando tan señaladas mercedes con la cortesía acostumbra, fué hecho el convite muy solemne y copioso. Sabiéndolo la Truhanilla, no faltó en semejante fiesta, á do tañendo y cantando hizo maravillas sobre mesa, y le valió aquel día mas de doscientos ducados, que le estrenaron todos aquellos capitanes. Pues como fuesen alzados los manteles, y el príncipe Palimedo les preguntase la causa de la tristeza de su rey Apolonio, por estenso se lo contaron, y de todos fué suplicado que él en persona quisiese entrar en su nave, para ver si le podría dar algun alivio en su tan sobrada tristeza. Concediéndoles tan justa demanda, proveyó, que á la Truhanilla de presto la cortasen riquísimos vestidos de seda y oro al

uso y traje de truhanes, y aparejar con diversidad de manjares una cena real; y cabalgando todos los capitanes y los mas principales de la ciudad, vino á la playa, á do todos se embarcaron para ver las naves y galeras, y el príncipe Palimedo con tres caballeros suyos mas privados se entró en la nave del rey Apolonio, y saliéndole los pajes al encuentro, le preguntaron quién era, ó qué es lo que mandaba, respondiéndoles: «sabed, hermanos, que soy el príncipe Palimedo, señor desta ciudad de Efeso, y lo que mando es, que entreis á vuestro rey Apolonio, haciéndole saber cómo vengo aquí para besarle las manos.—¿Las manos, señor?» respondió el uno dellos: «la vida nos costaría si tal hiciésemos.—¿Por qué? dijo Palimedo.—Porque, señor, nos tiene mandado que el primero que entrare en su aposento, sin él llamarle, será condenado á muerte.—Pues yo quiero ser el condenado,» dijo el príncipe Palimedo, y alzando el antepuerta, como el rey Apolonio lo sintiese, dijo: «¿quién es el tan aborrecido de la vida, que así osa entrar en mi acatamiento, sin yo llamarle?» Respondió el príncipe Palimedo: «es el que besa tus reales manos, y ruega al omnipotente Dios que te consuele: el príncipe de Efeso.» En esto, alzóse de donde estaba asentado el rey Apolonio, y con la debida cortesía le hizo asentar cabe sí. Y después de muchas pláticas ya pasadas, le rogó el príncipe muy encarecidamente, que quisiese salir en tierra para recibir una cena real que le tenía aparejada. El rey Apolonio se lo desvió, diciendo que había jurado sobre su corona de no salir en tierra, hasta llegar en Pentapolítania. «Si es así, replicó el príncipe, vuestra alteza puede hacerme estas mercedes sin perjuicio de su juramento, y es, que la quiera recibir aquí dentro de su nave, y esto no creo que se me pueda negar en ninguna manera.» Viendo el rey su tan entrañable voluntad, se lo concedió. Y despidiéndose dél, luego el príncipe, salido á tierra, proveyó que la cena buena y aparejada fuese puesta en la nave, advirtiendo á la Truhanilla, que á la postre de la cena entrase cantando y tañendo alguna consolatoria canción, aplicada para aquel rey que estaba triste, que él le prometía, si en alguna cosa le contentaba, hacella libre. Con esta preparación, venida la noche y asentados el rey Apolonio y el príncipe Palimedo á la mesa, fué distribuida la cena por sus criados y gentiles hombres con tan solemne concierto, que el rey quedó mas maravillado que contento. Y estando ya en el postrer servicio entró la Truhanilla, con sus sonajas de plata, muy agradadamente cantando y tañendo la presente canción, atribuida al rey Apolonio, diciendo así:

CANCION.

Alégrate, gran señor,
De lo que Dios manda, ordena;
Cata que á veces la pena
Vuelve en gozo muy mayor.
Lo que nosotros juzgamos
Que nos es daño ó desdén,
De allí á veces sale el bien,
Y el mal del que mas gozamos.
Da gracias al Hacedor
Si algun mal á ti disuena;
Cata que á veces la pena
Vuelve en gozo muy mayor.

Fué tan apacible y acepta esta canción al rey Apolonio que, mostrando algun contentamiento, le mandó dar cien escudos: y preguntándole de su estado y vida, y de qué nascion era, dejó las sonajas, y tomando una guitarrilla dió respuesta á su demanda cantando este romance.

ROMANCE.

En tierra fui engendrada,
De dentro la mar nascida,
Y en mi triste nacimiento
Mi madre fué fallecida.

Echáronla en la mar
En un ataud metida
Con ricas ropas, corona,
Como reina esclarecida;
Después para me criar
A la Tarcia fui traída,
Allí me dejó mi padre
En bajo traje vestida,
A un ama encomendada
Por quien fuese sostenida,
Y por manos de Heliato
Doctrinada y bien regida.
Siendo de catorce años,
Que es edad lenta y florida,
El ama que me criaba
Murió: dejóme afligida,
Y Dionisia, la mujer
De Heliato, combatida
De envidia de verme hermosa
Mas que á su hija querida,
Concertó con un esclavo
Que diese fin á mi vida,
Y abrazada con la estatua
Que en la Tarcia está esculpida
De mi padre, fui librada
De la muerte dolorida:
So el amparo de Teófilo
Fui puesta y constituida.
Allí, ya que la fortuna
Me tenía combatida,
El amor me combatió
Sin causa dél conocida,
Y es, que Serafino, hijo
De Teófilo, perdida
La confianza de haberme
Por mujer, por ser tenida
Hija de rey, me hurtó
Estando en un verjel metida:
En un batel me embarcaron,
Sin poder ser socorrida.
Yendo la mar adelante
De corsarios fui prendida;
Serafino muerto, y todos
Los desta traición urdida.
Después en Efeso puesta,
Y por esclava vendida,
Y de Lenio el mesonero
Fui comprada y poseída,
Y aqueste es, señor, mi amo,
Al cual estoy ofrecida,
Dalle cierta cantidad
Cada día, y si cumplida
No se la doy, ha de ser
Mi virginidad perdida,
Y puesto mi cuerpo en venta
Con otras de mala vida.
Mira, magnánimo rey,
En qué afán estoy metida:
Pues te he dado relación
De mi lenguaje y caída,
Da remedio que no sea
En tal vicio sometida.

A todo este romance estuvo muy atento el rey Apolonio, y destilando casi algunas lágrimas por sus ojos, del gozo que iba concibiendo en venir á considerar que aquella Truhanilla era su hija. Acabado que hubo, preguntándole su nombre, y respondiendo que se llamaba Polítania, se alzó con los brazos abiertos, y abrazándola le dijo: «vos sois, sin duda, Polítania mi hija, á quien por muerta en mi pensamiento tenía.» Ella entonces con profundísima humildad se le arrodilló delante y le besó las manos, y él le dió su bendición, y suplicó al príncipe Palimedo que luego descendiese á la ciudad para que le mandase cortar á su hija ropas de brocado, y apercebir riquísimas joyas, porque aquella noche quería que quedase en la nave con él, y que en la mañana le prometía desembarcar juntamente con ella y pasear por la ciudad, pues Dios le había hecho tan señalada merced de cobrar su hija. El príncipe muy alegre, vuelto á la ciudad, hizo cortar las ropas aquella

noche, y aderezar el día siguiente las joyas, y una hacanea blanca para Politania, y un valeroso caballo ricamente enjaezado para el rey Apolonio, y mandó llamar á Lenio, el mesonero, para pagarle todo lo que le había costado la Truhanilla, y como no quisiese, le mandó con gran seguridad echar preso en la cárcel.

Viniendo pues á desembarcar el rey Apolonio con su hija Politania, muy ricamente aderezada, dispararon todos los bajeles á un tiempo la artillería, que no parecía sino hundirse la tierra, y puesta en su hacanea y el rey en su caballo, enderezando su vía acia la ciudad, dispararon las trompetas y menestres y atabales, que era gloria de oír y mirar el concierto y aderezo de los caballeros y capitanes, y mas de la gente que acudia por ver á la Truhanilla en tanta majestad puesta. Y como esta nueva se extendiese entre la gente plebeya, que la Truhanilla era hija del rey Apolonio, llegaron estas nuevas al monesterio donde estaba su mujer, la reina Silvania, la cual del gozo concebido, en congregacion de todas las monjas, se fué al coro, á do dieron gracias á Dios de la conservacion de su hija y marido, y cantaron el *Te Deum laudamus*. Y de consejo de la reina, y de las mas ancianas y sabias, enviaron un embajador, hombre de muchas letras y de grande autoridad, al príncipe Palimedo, suplicándole, que les hiciese tan señalada merced en hacer venir al monesterio al rey Apolonio y á su hija Politania, para poder considerar y ver las maravillas de Dios. Venido el embajador á palacio, aguardó que hubiesen acabado de comer, y teniendo oportunidad, le suplicó al príncipe Palimedo lo que las devotas religiosas le habían suplicado. Y visto su tan buen deseo, le dió palabra que él trabajaria que visitasen aquella tan sancta casa á la tardecita, cuando el sol fuese de caída. Con tan buena respuesta, las monjas tuvieron por bien que la reina no saliese á recibir al rey su marido, sino que se retrajese en su cámara, vistiéndose las ropas riquisimas que traía cuando la pusieron en el ataúd, y su corona de oro en la cabeza, y de allí no se moviese, hasta tanto que la priora entrase por ella. Con esta ordenacion, viniendo el rey Apolonio y la infanta Politania y el príncipe Palimedo al monesterio, salieronles á recibir las monjas, suplicándoles que tan solamente los tres en lo íntimo de la casa entrasen, por mas honestidad de su religion.

Concediendo á su demanda, entráronlos con gran afabilidad en un cuadro que tenían muy aderezado y compuesto, adonde le dieron al rey Apolonio el parabién de haber hallado á su hija, y ellas abrazándola y besándola, que Dios la dotase de su bendita gracia. A cabo de rato, sacaron tres platos, los dos de riquísima colacion, y el otro con la plancha de plomo que hallaron en el ataúd de la reina. Los de la colacion dieron al príncipe y á la infanta, y el de la plancha al rey Apolonio. Y como el rey la mirase y tuviese en sus manos, con los ojos medio llorosos les dijo: «mejor colacion que esta no me podríades dar, reverendísimas madres; y sabed, que aunque me habeis lastimado con la demostracion desta plancha, de otra parte he recibido gran contentamiento en saber que teneis aquí depositado el cuerpo de mi mujer; lo que yo os ruego es que me lo mostreis.» En esto levantóse la priora diciendo: «por servir á vuestra real alteza estamos prestas y aparejadas: aguarde un tantico.» Y entrándose do estaba la reina muy hermosamente compuesta, la sacó en presencia del rey. Y como el rey la viese, casi fuera de sí se alzó de donde estaba asentado, y se la fué á abrazar con los brazos abiertos, diciendo: «¡oh dulcísima y amada mujer mia! ¿Y es posible, descanso mio, que seais vos la que por muerta tenia?— Yo soy, dijo la reina, á quien Dios por su infinita misericordia ha hecho tantas mercedes de aportarme á esta tan santa casa, y volver en vuestra compañía.» La infanta Politania, entendiendo que aquella era su madre, arrojóse

llandose en tierra la besó las manos, y la reina la abrazó con muy sobrada alegría.

El príncipe Palimedo, viendo tan buena coyuntura para pedir lo que ya por muchos días en su corazón encerrado y oculto tenia, se arrojó á los piés del rey Apolonio, suplicándole le diese á la infanta Politania por mujer. El rey Apolonio se lo prometió, dándole en dote el principado de Tiro y el reino de Antioquia, con tal que á las monjas les respondiesen cada año con mil ducados por tiempo de diez años, en gratificacion del servicio y compañía que le habían hecho á la reina su mujer, y la reina les dió la corona de oro que en la cabeza traía, y así se despidió de todas, abrazándolas con abundantísimas lágrimas. Salidos á cabalgar, como los criados y capitanes del rey Apolonio vieron salir aquella tan hermosa dama, reconociéndola decian: «esta no es la reina? Ella me parece.» Unos, «no es,» otros, «sí es.» En sentir y gozar de su apacible y dulce habla, y que el rey, trayéndola de la mano, la ayudó á cabalgar en la hacanea de la infanta, lo creyeron, y estuvieron muy maravillados. Cabalgando el rey y el príncipe Palimedo con la infanta Politania á las ancas de su cuartago, vinieron á palacio, á do era excesiva gloria ver con qué placer y contentamiento, de uno en uno, los criados se arrojaban delante de la reina, y le querían besar las manos, y ella, no consintiendo, los abrazaba haciéndoles mil mercedes.

De allí á pocos días fueron ordenadas las bodas del príncipe Palimedo y la infanta Politania con real preparatorio, en las cuales hubo gran sarao de damas, y danzas y regocijos, y máscaras y torneos. Y como á Lenio el mesonero, que en la cárcel estaba, llegase á su noticia que su esclava la Truhanilla era hija del rey Apolonio, y que había casado con su príncipe y señor, determinó en semejante regocijo de hacer una petición á la infanta Politania, para que le alcanzase perdon del príncipe su marido, y fuese librado de la cárcel. Hecha y venida á manos de la infanta Politania, compadeciéndose dél, recaudó con el príncipe su marido que le soltase, y sin esto que le diese doblado precio de aquello que pagó á los cosarios por ella, y mas los doscientos ducados que los capitanes le dieron, y los ciento que en la nave le dió su padre, pues que justamente eran todos dél, siendo aun esclava suya. Y para esto le hicieron venir delante della, y se arrojó á sus piés, besándole las manos por tan sobradas mercedes como le había alcanzado.

Acabadas las fiestas tan solemnes de las bodas, determinándose de ir el rey Apolonio con la reina Silvania su mujer, con toda la flota, y á verse con el rey su suegro, porque ya muy cansado de días estaba, y á regir y gobernar su reino, como era de razon, se despidió del príncipe Palimedo, su yerno, y de la infanta Politania, su hija, con mil sollozos y lágrimas paternas; los cuales los acompañaron con toda la caballería de la ciudad de Efeso hasta el puerto. Pues al embarcar era de oír el estruendo de la artillería, y el ver jugar las banderas por el placer que concebían en recobrar la reina que ya por muerta tenían. Embarcados, en breve tiempo llegaron en Pentapolitania, y allí el suegro les salió á recibir con grandísimo gozo por gozar de la vista de su yerno, el rey Apolonio, y de su hija tan amada, al cabo de veinte años que no los había visto. Y desta tan sobrada alegría cayó malo, y murió. Y quedó el rey Apolonio poseedor y rey universal de toda la Pentapolitania. Y nosotros algun tanto contentos de lo que en su apacible historia habemos leído.

PATRAÑA DOCENA.

A un ciego, de un retrete,
Hurtaron cierto dinero,
Y á otro su compañero,
Diez ducados de un bonete.

Era un ciego tan avariento, que por su sobrada mezquindad iba solo por la ciudad sin llevar mozo que le guiase, y al comer, comía donde le tomaba la hambre, por ahorrar de costa y no comer tanto; y para recogerse de noche tenia alquilada una pobre casilla, en la cual, á la noche cuando se retraía, se encerraba en ella sin lumbré, como aquel que no la había menester; y cerradas las puertas desenvainaba de una espadilla corta que tenía, y por reconocer si había alguno, daba cuchilladas y estocadas por los rincones y bajo de la cama, diciendo: «ladrones bellacos, esperad, aguardad, ¿ahí estais?» y viendo que no había nadie, sacaba de una cajuela que tenia un talegon de reales, y hacia reseña por retozar y regocijarse con ellos, y ver si le faltaba alguno. Tantas veces continuaba este avaricioso ejercicio, que tuvo dello sentimiento un vecino suyo, el cual hizo un agujero en la pared para de allí ver lo que podía ser aquello de dar cuchilladas por la casa; y como viniese la noche, y el ciego siguiese su necia y acostumbrada costumbre de acuchillar el aire, y él no pudiese ver ninguna cosa á causa que estaba á oscuras, estúvose quedo, y escuchando á cabo de rato sintió contar reales, y después cerrar una cajita. Por lo cual determinó por la mañana, no estando el ciego en casa, de entrar por el terrado y hurtarle los dineros. Quitado que se los hubo, la noche venidera estuvo acechando por ver lo que haría el ciego.

Pues como los hallase menos, maldecíase y quejábale de su mala suerte, diciendo: «¡ay dineros míos de mi corazon! y ¿adónde estais vosotros agora, habiéndos ganado en oraciones, por lo cual os llamaba benditos? No habiades de sufrir que me maldijesen.» En que con estas quejas y otras se acostó en su cama. Levantándose por la mañana, al salir de casa, el ladrón fuéle detrás por ver si se iba á quejar á la justicia, y vido que encontró con otro ciego, que era su compadre, y contándole cómo le habían hurtado los dineros, respondió: «á osadas, compadre, que no me lo hurtan á mí como á vos.» Dijo el otro: «¿por qué?» Respondió: «porque los traigo conmigo.» Y en oír que el ciego decía que los traía consigo, juntó mas con ellos el ladrón para oírlo mejor. El otro importunándole que le dijese dónde, dijole: «compadre, habeis de saber que los llevo en el aforro de mi bonete.» No lo hubo acabado de decir, cuando el ladrón apañó del bonete, y dió á huir. El ciego, en sentir que le quitaron el bonete, apañó del otro ciego diciéndole, que le volviese su bonete que le había hurtado. El otro diciendo que mentía sobre esto vinieron á tal competencia, que se dieron de palos, y el ladrón se fué con los dineros de los dos ciegos (1).

PATRAÑA TRECENA.

Una niña á Feliciano
Hurtaron, y él en persona
De boca de una leona
Cobró otra por su mano.

Feliciano, hombre de mucha autoridad, y dotado de muchos bienes de fortuna, teniendo una hija pequeña, de teta, que la criaban fuera de la ciudad, se la hurtó un her-

(1) De esta breve anécdota hizo el mismo Timoneda con mayor gracia un paso para representarse, que trasladó Moratin en sus *Origenes*, página 289.

mano suyo pobre, que la echó dos leguas de despoblado entre unas zarzas, por respecto que si aquella niña vivía, imposible era heredar los bienes de Feliciano. Quiso Dios que yendo Erasistrato, riquísimo labrador, á su majada, sintió llorar la dicha niña. Por do hallándola, la llevó á su mujer, la cual criaba otra niña de la misma edad y tiempo, y la puso por nombre Zarcina, pues entre zarzas la halló su marido. Feliciano, por bien que hizo sus diligencias, por ninguna vía pudo hallar ni descubrir rastro de su hija, sino que á cabo de tiempo parió su mujer Roselia un hijo, del cual parto murió; y quedando el hijo le puso por nombre Roselio, que era el mismo nombre de la madre. Y como el hermano que pretendía heredar lo supiese, de puro enojo de allí á pocos días murió. Quedando viudo Feliciano, dándose á caza de monte, siguióse que un día, como la mujer de Erasistrato tuviese á la puerta de la majada su hija propia encima de un poyo, y la hija adoptiva en sus pechos, vino una leona recién parida, y en vella dió á huir, y la leona apañó de su hija, del cual espanto de allí á pocos días murió.

Feliciano, habiendo salido á caza, encontrando con la leona, de un golpe de escopeta la hizo quedar mal de su grado, pensando que llevaba algun animal muerto atravesado en su boca. Y juntando con ella, vió que era una niña muy hermosa, el cual la llevó á su posada, y por haberla tomado de boca de la leona le puso por nombre Leonarda. Así que, trastrocados de hijas los padres, que el uno tenía la del otro sin saberlo, siendo de edad proporcionada ya para haberlas de casar, Erasistrato vino á su casa propia, que tenia dentro de la ciudad; y como Roselio viesse á Zarcina, se enamoró della, en tanto que escondidamente se dieron palabra de casarse el uno con el otro. Viniendo á noticia de Feliciano, tomó á su hijo Roselio, notificándole que si á tal cosa había pasado, que se hubiese prometido con Zarcina, que le desheredaria de todos sus bienes. Negándosele Roselio, dijo Feliciano: «agora te conviene pues, hijo mio, que te cases con Leonarda, y hacerte he donacion de todas mis posesiones, y esto es lo que á tí cumple y á mi honra.» Otorgándosele Roselio, fué casado con Leonarda. Sabiendo esto Zarcina, dió parte á Erasistrato cómo Roselio estaba prometido con ella antes que se casase con Leonarda. Viniendo Erasistrato á dar parte de lo que pasaba á Feliciano, por jamás lo quiso creer, sino que desabridamente le envió de su casa. Pero el buen viejo de Erasistrato púsole por justicia, y visto el pleito mal parado, determinó Feliciano de enviar á su hijo en Macedonia.

Allegado, tomó amistad con un gentil hombre, dicho Corineo. El cual, teniendo amores secretos con madama Crisolora, mujer de Tiburcio, rico ciudadano, le dió parte dello, y despendía por su respecto liberalmente. Feliciano, importunado por Leonarda, y también por apremialle de su demasiado despendir, tuvo por bien de enviarle á llamar. Venido, en sabello Erasistrato, dió aviso á Feliciano cómo el proceso contra Roselio tenía cerrado, y que lo queria enviar á la corte, que procurase de defendello. En este intermedio sucedió que fueron descubiertos los amores de Corineo por un pariente de madama Crisolora, al cual desafió en campo acusándole de mal caballero, y á ella de adúltera. Aceptándolo Corineo por defension de la dama, escogió el tiempo y su contrario las armas; y pensando que era falsa su querrela, descubrióse á un grande amigo suyo nigromante, por ver qué remedio le podia dar para que saliese con su honra. El cual le respondió, que si tenia algun amigo que entrase por él en batalla, que le remediaría de presto. Diciendo que sí, el cual era Roselio, vinieron los dos en breve tiempo á casa de Feliciano. Recibidos por Roselio, y sabido á lo que venian, fué muy contento de aceptar el desafío, por do les hizo honroso recibimiento en su casa.